


LA CASA DE LOS NIÑOS GENIOS



Cientos de niños mexicanos comparten en una casona del DF algo más que clases: todos, desde los que tienen tres años hasta los que han cumplido 16, son niños sobredotados, con capacidades superiores. La casa es la sede del Centro de Atención al Talento, cuyo director es Andrew Almazán, un joven de 19 años, licenciado en Psicología con maestría en Educación, a punto de concluir la carrera de médico cirujano.

POR **ANTIMIO CRUZ** • @Antimio
FOTOGRAFÍAS: **EDUARDO LOZA**



Visitar ese centro, cuyo objetivo es evitar que los niños pierdan sus capacidades sobresalientes antes de llegar a la edad adulta, es una experiencia estimulante: niñas de tres años leyendo textos de química; otros, de nueve años, hablando de astronomía; profesoras de chino con 12 años de edad; menores de cinco respondiendo los números atómicos de los elementos químicos. Echemos un vistazo.

Al subir los escalones rojos que conducen al segundo piso de una casona centenaria en la colonia Del Valle de la Ciudad de México, se escucha una voz infantil muy delgada y suave que al principio parece un susurro. Es una niña de tres años que pronuncia varias palabras ordenadamente, detrás de una puerta de madera.

Luego del arco que lleva al salón se encuentra Camila. Mide menos de un metro de estatura, está peinada con la frente despejada y sus pequeños pies cuelgan de la banca en la que está sentada, pero eso no la distrae. Lee en voz alta, sin errores, un texto de química que dice lo siguiente:

“El hidrógeno es el más ligero de los gases porque solamente tiene un protón y un electrón. Como es muy ligero tiende a subir. Es muy barato y antes se llegó a utilizar para hacer volar grandes naves, como el Zepelín. El hidrógeno, junto con el carbono, el oxígeno y el nitrógeno, son los elementos que forman moléculas que dan vida”.

A la misma edad en que otros niños están aprendiendo apenas los nombres de los números y los colores, ella lee a una velocidad que no alcanza la gran mayoría de estudiantes de primaria ni muchos de secundaria. No parece tener dificultad para traducir las letras y signos de puntuación a sonidos y pausas. Es un hecho: sabe leer, y muy bien. Sin embargo, Camila también está en la edad en la que los seres humanos aprendemos a atrapar una pelota o a correr de puntitas, por eso tiene muchas ganas de jugar y entonces detiene la lectura y se dirige a su profesor:

–Este tema ya me dio sueño. Está aburrido.

El profesor sonríe y le dice que no está tan aburrido. Camila levanta la cara y, todavía con sus pies colgando de la banca escolar, le dice al resto de sus compañeritos de clase, que son niños de entre tres y siete años:

–Bueno, no está aburrido, pero necesito que todos se me apuren ya, por favor...

Entonces las risas llenan uno de los salones de una casa que desde 2010 ha sido adaptada como escuela especial para niños sobredotados. Las aulas son pequeñas. Buscan no tener a más de 12 alumnos en un solo grupo. Ahí es la sede de la organización civil Centro de Atención al Talento (Cedat), que ha identificado y diagnosticado a casi 3 mil niños con coeficiente intelectual por encima del promedio.

Al descender por la misma escalera, hacia un patio con bancas y mesas, va quedando atrás el sonido de un

coro de voces infantiles que recita una lista de palabras cuando su profesor habla:

“Tenemos que recordar nuestra tabla de química, primero para adelante y luego para atrás. Tratemos de avanzar hasta el número 50. Vamos todos parejos. Una, dos, tres...”.

Y entonces se escucha a 10 niños recitando la tabla periódica de memoria: “Hidrógeno, helio, litio, berilio, boro, carbono, nitrógeno, oxígeno, flúor, neón (aquí toman un respiro). Sodio, magnesio, aluminio, silicio, fósforo, azufre, cloro, argón (una segunda pausa y siguen enlistando los primeros 50 elementos de la tabla periódica).

–¿Cuál es el elemento con el número atómico 2? –pregunta a la clase el profesor.

–El helio –responde un niño de cinco años.

El recorrido también conduce a un salón de la planta baja, donde otra puerta entreabierta permite oír al profesor asignado pedir a un grupo de niños de entre nueve y 10 años que le respondan:

–Les voy a preguntar algo de astronomía. ¿Saben cuánto tiempo tardaríamos en el planeta Tierra para darnos cuenta si se apagara el sol?

–Ocho minutos –responde una voz de niño.

–¿Y eso a qué se debe?

–A la velocidad de la luz y a la distancia entre el sol y la Tierra. Es como los relámpagos del cielo, primero se ve la luz porque viaja más rápido y luego llega el sonido que viaja más lento.

✱ ✱ ✱

El psicólogo estadounidense Lewis Terman estableció en 1916 la escala de inteligencia llamada Stanford-Binet que define como sobredotado a todo aquel que rebasa 130 puntos en un test de coeficiente intelectual (IQ). Él observó que 95 por ciento de las personas a quienes se aplican esas pruebas obtienen entre 70 y 130 puntos.

Existen más de 100 pruebas estandarizadas para medir el IQ. Las más utilizadas incluyen la solución de problemas o tareas de lógica y secuencias numéricas, temporales o espaciales, como los llamados Stanford-Binet Intelligences Scales, el Wechsler Adult Intelligence Scale, el Wechsler Intelligence Scale for Children (WISC) y el Differential Ability Scales.



Quienes rebasan 130 puntos son identificados por la ciencia como *gifted children*, lo que se ha traducido al español como sobredotados o, coloquialmente, como niños genio.

Desafortunadamente, en México esas mediciones no se realizan con la frecuencia que deberían. Eso provoca, por ejemplo, que 93 por ciento de los niños identificados en el Cedat como sobredotados, previamente habían sido diagnosticados con Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH), y algunos incluso recibieron tratamiento con fármacos.

Desde que comenzó a operar en 2010 el Cedat ha evaluado a 3 mil niños y jóvenes con IQ superior, procedentes de 10 países de América, África y Europa. Además, elaboró el estudio Perfil del Niño Sobredotado en México, con 800 expedientes de menores de edad sobredotados.

El mayor estudio previo fue elaborado en 1930 por Lewis Terman, psicólogo de la Universidad de Stanford, quien examinó a una población de mil 500 niños con coeficiente intelectual superior.

NICOLE, 10 AÑOS, FUTURA NEUROCIRUJANA

Nicole Munk Anaya tiene 10 años. Nació en la Ciudad de México. Tiene muy clara la idea de que puede ser médico. De hecho, afirma repetidamente que desea ser neurocirujana porque en México faltan más expertos en ese campo.

“Si hay una cosa en la que me podría pasar todo el día y no aburrirme es ciencias naturales. Me llama la atención la biología. Cuando sea grande me gustaría ser neurocirujana. Me gusta mucho la medicina y también me gusta el cerebro. No me da asco la sangre y pienso que sí podría ser médico”, comenta con una actitud muy seria y ojos penetrantes que intentan extraer cualquier signo posible en el rostro de las personas con las que habla.

“He pensado en ser jefa de grupo de médicos. Me siento bien trabajando en grupo con los otros niños y organizando”, agrega después de un breve silencio.

Dice que se encuentra contenta de ser mexicana y que nunca ha pensado en cómo sería haber nacido en otro lugar. Su actitud adquiere un dejo de orgullo cuando comenta que ya ha leído libros como *El diario de Ana Frank*, *El fantasma de la ópera*, *Moby Dick*, y destaca que su libro favorito es *La metamorfosis*, de Franz Kafka. ¿Por qué? Porque es muy interesante cómo se transforma el personaje principal, Gregorio, y porque es interesante que todas las personas cambien, por dentro y por fuera.

“Me gustaría que en el futuro los niños pobres de México tuvieran educación y que hubiera más médicos. Yo no tengo familiares médicos, pero sí sé que hacen falta más neurocirujanos”, dice Nicol, quien ya estudia materias de secundaria a una edad en la que la mayoría de los niños cursan cuarto o quinto de primaria.

“Ser sobredotada se siente bien. No me causa problema, sí lo disfruto”, dice sonriente cuando se le pregunta ¿qué se siente ser tú?

La cifra es muy alta: 96 por ciento de los niños mexicanos con coeficiente intelectual superior a 130 puntos pierde sus capacidades sobresalientes antes de llegar a la edad adulta debido a que numerosos obstáculos sociales, como el diagnóstico equivocado, el *bullying* escolar, el aislamiento y la depresión, frenan su apetito por aprender.

Además, 80 por ciento de los niños cuyos datos sirvieron para elaborar el Perfil del Niño Sobredotado en México reportó haber sufrido hostigamiento escolar y, en algunos casos (no contabilizados estadísticamente), la aprobación de los profesores a las conductas hostiles.

“Muchos profesores, por desconocimiento, llegan a catalogar a estos niños como el criticón o el preguntón, lo que constituye una autorización explícita para que otros compañeros se empiecen a burlar. Los niños con sobrecapacidad tienen un desarrollo más rápido de su inteligencia emocional, por lo que se dan cuenta más

Noventa y seis por ciento de los niños mexicanos con coeficiente intelectual superior a 130 puntos pierde sus capacidades sobresalientes antes de llegar a la edad adulta por numerosos obstáculos sociales

temprano de las agresiones de su entorno y resienten daños a nivel psicológico, como baja autoestima y depresión”, detalla Andrew Almazán, quien a sus 19 años de edad es médico y psicólogo, además de director del Departamento de Psicología del Cedat.

Andrew concluyó sus estudios de bachillerato a los 12 años y poco después, la licenciatura en Psicología en la Universidad de Valle de México; la maestría en Educación en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y está por terminar la carrera de Médico Cirujano en la Universidad Panamericana.

SACHKEERAT, SIETE AÑOS, EXPERTO EN ROBÓTICA

El nombre de Sachkeerat, de siete años de edad, es de origen indio. Significa “La danza de Dios”. Su papá es de India y su mamá mexicana. No conoce India, pero sabe que es un país muy extenso. Quiere ir a la tierra de padre, pero también a la Torre Eiffel, en París. Así lo explica, en dos minutos, este niño inquieto que se mueve por todo el Taller de Robótica, mencionando los nombres de algunos aparatos que producen chispas eléctricas, como el generador de banda Van der Graff o la máquina de Wimshurst. “A veces se confunden con mi nombre y

me dicen Sashh, y sí me gusta así”, dice y ríe, mientras baja la mirada.

Cursa segundo de primaria, ya que sus padres decidieron cambiarlo de la escuela donde estudiaba porque era molestado por sus compañeros. Al ser evaluado, resultó ser sobredotado. Antes, cuando era aún más pequeño, había demostrado habilidades especiales: construyó un helicóptero y un jeep de bloques de Lego con piezas sueltas de otros bloques. Sus maestros cuentan que es bueno en inglés y en robótica. Sin embargo, Sach prefiere soñar con algo más propio de su edad: quiere ser “portero de América”.

“Es que me gusta ser portero porque nada más me concentro en la pelota, y no pienso en nada más, y la atrapo cuando se acerca. Mi papá se enoja porque siempre traigo los pantalones rotos, pero es que siempre me lanzo, me aviento. A mis amigos no les gusta el fútbol, pero a mí sí, mucho”, cuenta este pequeño, cuyo nombre completo es Sachkeerat Chatwal Singh Martínez.

“Aquí me siento mejor”, dice y sonríe de nuevo, sacando el aire por la boca. “Aquí no hay *bullying*, como dicen en Cartoon Network. Si yo pudiera cambiar algo en México serían esas cosas que hacen los traviesos, como rayar las paredes y dejar graffiti. Eso es algo que quisiera cambiar. En el futuro las paredes de las ciudades van a tener más luz, van a ser brillantes y van a tener pilas que duren mucho más por ciento de tiempo. Me gustaría hacer algo así”.

—¿Tú sabes que tienes una valoración como niño sobredotado?

—Sí, sé que soy sobredotado y se siente muy padre porque no te cuesta trabajo la escuela —dice y nuevamente baja la mirada y ríe para sí mismo.



A media mañana, los niños descansan y juegan en los patios de la casa del Cedat. En el área frontal, donde un arco de cantera rosa marca la entrada al centro, se ubican las tres mesas en donde los niños juegan ajedrez. Atrás, en una zona cercana a una máquina expendedora de galletas, platican algunos jóvenes avanzados, como Delanie, quien también estudia psicología en el Tecnológico de Monterrey y, al mismo tiempo, aprende chino, latín y francés.

En ese mismo patio, Asdrubal Almazán, quien dirige el centro junto con su esposa Dunia Anaya, cuenta que algunos de los jóvenes que han llegado fueron referidos desde Estados Unidos, como ocurrió con alguien que llegó desde Sudáfrica, después de que sus padres habían buscado ayuda en clínicas estadounidenses.

Es común que reciban casos de niños con diagnósticos equivocados. Algunos de ellos se incorporan de manera permanente a la comunidad educativa y otros regresan de tanto en tanto para realizar actividades específicas.

“Tenemos niños que vienen de Veracruz, Jalisco o Sonora. Y seguimos acumulando aprendizajes y experiencias educativas. Lo más reciente que hemos experimentado son las visitas de estudiantes del Instituto de

Física de la UNAM, que han venido en un par de ocasiones y han generado mucho interés entre los muchachos”, dice el director general del Cedat.

ÁNGEL, 16 AÑOS, DESARROLLADOR

Ángel Javier Esquivel Robles tiene 16 años. Nació el 17 de marzo de 1997, en la Ciudad de México. Llegó al Cedat después de estar tomando medicamentos para atender el Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH). Ese diagnóstico era incorrecto. En realidad, el “problema” era que su coeficiente intelectual rebasaba los 130 puntos y se aburría tremendamente en las clases.

El reporte de sus antiguos profesores era concluyente: el niño no quería trabajar, se distraía constantemente y no tomaba apuntes. Era preciso que lo llevaran al neuropediatra, especialista que le diagnosticó el supuesto trastorno y le prescribió fármacos. Ángel tenía ocho años. Y durante cuatro o cinco años estuvo tomando medicamentos que no necesitaba.

“Me aburría en la anterior escuela. Las maestras daban clase, pero no me podía mantener muy concentrado, así que me la pasaba mirando hacia otro lado. Ellas me trataban de agarrar en curva, haciéndome preguntas, pero les respondía lo que me pedían. Se enojaban conmigo porque no les gusta que no todos los niños nos comportemos igual. Ellos quisieran tener grupos uniformes, en los que todos avancen igual”, dice este joven, que se siente atraído por la computación, en particular por el campo de la animación digital.

“Me gustaría estar en la Conferencia Mundial de Desarrolladores de Apple, la WWDC (Worldwide Developers Conference). Es el lugar al que quiero llegar, y cuando lo logre, empezar otra etapa de mi vida. Me gustaría trabajar para Apple y ser desarrollador.

Ángel, de huesos largos y lentes rectangulares, narra una historia similar a la que han experimentado otros sobredotados, la de la hostilidad de sus compañeros. “Muchas veces me golpearon y no eran zapes; eran golpes muy fuertes. Esa fue la razón central por la que me salí de la escuela”.

PARECIDOS ENTRE MÉXICO Y EU

En Estados Unidos la falta de atención a los niños sobredotados es similar a la de México. Existen datos de 1972 que indican que sólo cuatro por ciento de los niños sobredotados en ese país recibía educación especial, según un estudio de la Universidad de Boston, el cual añadió que en 1990 sólo dos centavos de cada 100 dólares dedicados a educación básica eran canalizados a estos niños.

A la fecha no hay una estadística nacional sobre los niños y jóvenes sobredotados que reciben atención especial, pero sí se cuenta con avances. En Georgia, el estado con mayor porcentaje de identificación, se atienden a 199 mil niños sobredotados, que representan 12.4 por ciento del total de estudiantes. En contraste, existen 11 estados que no tienen fondos ni mandato oficial para atender a sobredotados, como Massachusetts, Nueva York e Illinois.

El Programa de Potenciación Intelectual que se aplica en México prevé que se dediquen mil 640 horas de intervención al año, tanto de estudio como de actividades de integración social y deportiva.

DAFNE, 12 AÑOS, ESTUDIANTE DE LICENCIATURA Y PROFESORA DE CHINO

Dafne Almazán Anaya tiene 12 años y cursa la licenciatura en Psicología en el Tecnológico de Monterrey. Por la tarde, entrena tae kwan do y estudia inglés, chino y francés. Pretende aprender latín más adelante.

Ella y sus dos hermanos mayores tienen coeficiente intelectual por encima de 130 puntos, pero dice que eso no la hace sentir distinta, pues es igual que otras niñas de su edad y le divierte estar con ellas.

Es de temperamento tímido, pero ya es profesora de chino en el taller de idiomas del centro. “Estoy en chino porque ayudo a los niños que se van quedando atrasados. La idea es que podamos ponernos todos al corriente; ahora están bien. Los niños con los que trabajo son más pequeños, tienen entre nueve y 12 años”, explica.

–¿Existe alguna mujer en la historia que te parezca admirable?

–Sí, Marie Curie (la científica pionera de los estudios de radioactividad y la primera persona en ganar dos premios Nobel, uno en física y otro en química). Me parece muy interesante porque antes a las mujeres no las dejaban estudiar y ella lo hizo y luego logró muchas cosas.

–¿En un futuro te imaginas trabajando con niños sobredotados?

–No puedo predecir el futuro, pero me gustaría y me imagino estar aquí ayudando. Si un niño tiene perfil de sobredorado, le diría a los papás que le hagan una valoración y si su coeficiente es alto, que lo traigan aquí. Estudié psicología porque me interesó conocer el pensamiento de las personas. Así también podría ayudarlas.

ARIN, 11 AÑOS, APASIONADA POR LAS MATEMÁTICAS

En la sala del equipo de psicología del Cedat, donde hay figuras geométricas de madera pintadas de colores, Arin Ibarra Trejo sonríe cuando se le pregunta la fecha de su



Emiliano Chávez
A los 9 de edad, se debate entre la robótica y el fútbol americano



Dafne Almazán Anaya
A sus 12 años, cursa la licenciatura en Psicología en el Tec de Monterrey.

cumpleaños pues es justamente ese 13 de noviembre cuando cumple 11 años.

Ella llegó hace un año, luego de que en la evaluación superó los 130 puntos. Cursa el primero de secundaria y la materia que más le gusta es matemáticas: “Una vez que las entiendes, tienen lógica”.

Hace muy poco le ha nacido la inquietud de aprender a hablar chino; ha visto que esa nación tiene un desarrollo impresionante. Pero no es el país que le quita los sueños: el primero que le gustaría conocer es Holanda.

“Me gustaría ser administradora y tener muchas empresas. Allá hay mucha gente de negocios y para eso me sirven las matemáticas. A mí me gusta mucho México, pero el gobierno no ayuda a que mejore la economía. Quizá haciendo algunos cambios sociales o económicos, sería un gran país”, cuenta esta pequeña hija de un contador y una comunicóloga.



BULLYNG

Ochenta por ciento de los niños cuyos datos sirvieron para elaborar el Perfil del Niño Sobredotado en México reportó haber sufrido hostigamiento escolar



A las ocho de la mañana empiezan las actividades de los niños que estudian en el Cedat. Un pequeño patio con alfombra verde para intemperie los recibe. Bajo la sombra de algunos árboles de magnolia, aralia y cítricos, se hallan las bancas y mesas donde juegan ajedrez.

En el interior de la casa, ubicada detrás de un pórtico de cantera rosa tallada, se distribuyen 15 salones, talleres, consultorios y oficinas, para atender a una comunidad de 200 niños genio (algunos acuden diario y otros sólo fines de semana). En el primer piso, se encuentran aulas y áreas de trabajo.

Ya son cerca de las 10 de la mañana y de uno de los salones escapa un diálogo entre un pequeño de cinco años y su maestro:

Niño: Si se llegara a apagar el sol, ¿toda la vida se acabaría en la Tierra?

Maestro: Sí, se acabaría. ¿Tú sabes por qué?

Niño: Porque no habría fotosíntesis y las plantas ya no vivirían.

Maestro: Es correcto. ¿Qué pasaría si no hay plantas?

Niño: Pues muy rápido nos acabaríamos el oxígeno porque las plantas liberan oxígeno.

Una madeja de pasillos, escaleras y puertas conducen a diferentes áreas de trabajo: un taller de pintura al óleo, uno de robótica, un consultorio del área de psicología, aulas, áreas administrativas y de clínica.

En el taller de robótica los niños de más de siete años están haciendo ejercicios con manejo de electricidad. Emiliano Chávez Reynoso, de nueve años de edad, porta un amperímetro. Su preocupación central en este momento salta apenas comienza la plática. Sabe que sería muy difícil llegar a ser jugador de fútbol americano de los Acereros de Pittsburgh, y al mismo tiempo un experto en robótica avanzada. Las dos cosas le agradan y todavía no sabe cuál es su favorita.

Si tiene claro, sin embargo, que le encantaría tener una empresa que vendiera robots. “Estaría bien que cada per-



Genios trabajando
Un grupo de los estudiantes del Cedat muestran uno de los robots que han construido

sona tuviera un robot. Todavía hacen falta muchos más robots que ayuden a la gente, sobre todo a los señores de gran edad y a las personas discapacitadas. Deben construirse más robots que podamos controlar con la voz”.

A Emiliano le gusta el cine, sobre todo las películas como *Iron Man* y otras protagonizadas por robots. Está convencido de que son parte de la solución a los problemas del país.

“En el futuro pueden cambiar mucho las cosas en México si tuviéramos más robots. Las personas van a cargar energía mientras duermen; cuando despierten, ya pueden usar su robot”, insiste Emiliano, aunque recuerda cíclicamente que también le gustaría jugar en la NFL y, en particular, en el equipo de Pittsburgh.



Si se cruza la sala mayor de la casa se llega a un segundo patio rectangular y a otra zona de aulas. En una de ellas, un grupo de 10 niños menores de 12 años, observa una exposición en una pantalla de plasma. Hablan de las células y sus características. Un adulto pregunta y varios niños responden.

-¿Cuál es la diferencia entre las células animales y las vegetales?

-Que las vegetales tienen pared celular.

-¿Y para qué sirve la pared celular?

-Para que las células de las plantas tengan rigidez.

-Esa pared celular está formada por un carbohidrato.

¿Alguien sabe cómo se llama?

-¡Celulosa!

Hablan de biología en una clase de media mañana. Por la tarde algunos de los niños se retiran a su casa, principalmente los más pequeños, mientras que otros se quedan para tomar talleres, idiomas y practicar algún deporte.

Hay pocas personas en el patio frontal y algunas arduas, que parecen familiarizadas con los horarios de entrada y salida de los niños, siguen una ruta segura para brincar desde la azotea hacia los árboles de la casa.

Llega la noche y se adentra. La casa apaga sus luces, permitiendo ver desde afuera una ventana con un vitral en forma de pavo real.

Los niños sobredotados se han ido a descansar. **89**